



Sombra y oscuridad

John Banville inicia una serie dentro de la novela negra bajo el nombre de Benjamin Black. Iglesia y clanes familiares, involucrados en la desaparición de un bebé.

EL SECRETO DE CHRISTINE

Benjamin Black
Traducción de Miguel Martínez-Lage
Alfaguara. Madrid, 2007
395 páginas. 19,50 euros

RODRIGO FRESÁN

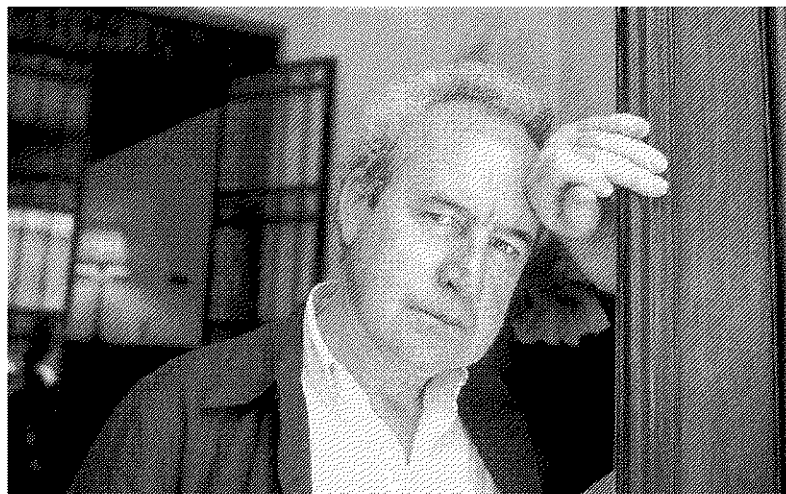
Al final, Garret Quirke, desencantado patólogo forense, avisa de que va a hacer algo —léase: va a "armar una buena"— quizá porque "en toda mi vida, nunca he hecho nada".

No es el caso de John Banville, quien, habiendo hecho tanto, se viste aquí de Benjamin Black para hacer algo que no hizo hasta ahora y que muy pocos suelen hacer. En sus palabras: "Ser otro sin dejar de ser el mismo". Y trasladar esta maniobra al tratamiento de un determinado género. Porque *El secreto de Christine* es una de esas contadas ocasiones en las que nos enfrentamos no a una novela negra sino a algo que podría llamarse *novela oscura*. Algo que no sólo abduce y mezcla y transforma —y parodia— con elegancia lugares comunes del *thriller* duro sino que, además, los trasciende. A saber: persecuciones y palizas, chica fatal, corrupción en las alturas. Añadir una muy lograda atmósfera (Dublín en los años cincuenta recordando a la Viena de *El*

tercer hombre) y a un perdedor "héroe" fitzgeraldianamente obsesionado por los modales diferentes de los ricos y poco dispuesto a conformarse con la versión oficial de los hechos.

Yes en un artículo en el que Banville "conversa" con Black donde el autor consagrado soporta con gracia la siguiente acusación de parte de su flamante sombra: "Tú dedicas tus páginas a la especulación de por qué este o aquel personaje realizó esta o aquella acción sin dar nunca la más mínima explicación. Esta, si me permites, es una de las razones por las cuales eres criticado. Mi camino, en cambio, es el de la acción. Lo que mis personajes hacen es lo que son. Tú piensas; mi mirada observa y reporta". De acuerdo, puede ser. Pero no dividir fácilmente las aguas a la Dr. Banville & Mr. Black. Porque tampoco es que el "pensante" primero —quien admira al Simenon sin Maigret y ha disfrutado de la lectura de Cain y Stark— se valga del "activo" segundo para relajarse y divertirse. Por lo contrario, lo que aquí se ofrece es —prosa cerebral, ritmo muscular— la indiscutible maestría de Banville aplicada al inesperado vértigo de Black para seguir por fuera y por dentro a Quirke.

Escrita originalmente como un guión televisivo nunca producido y convertida en novela, *El secreto de Christine* es el principio de una her-



John Banville (Wexford, Irlanda, 1945).

OPALE

mosa amistad: Banville acaba de terminar su segunda novela como Black y con Quirke —titulada *The Black Swan*— y ya está pensando en una tercera entrega. Y atención: *quirk*, en inglés, significa *rareza*. Y, para muchos de los seguidores de Banville, *El secreto de Christine* será una rareza. Acelerada narración en tercera persona. Casi no hay página donde no suceda algo. Y así —con Quirke investigando la muerte de una mujer caída en desgracia y departiendo en un bar con su amigo escritor Barney Boyle, que apenas esconde al verídico Brendan Behan— se enreda y desenreda un sorprendente argumento donde la Iglesia católica, la mafia, la masonería y los clanes familiares se trenzan en una lucha a muerte por un bebé desaparecido en Irlanda y aparecido en Estados Unidos. El resultado es un lluvioso melodrama donde casi todos son culpables, el amor no redime a nadie, y la gran escritura entre lírica y clínica de Banville es, una vez más,

Nos enfrentamos no a una novela negra sino a algo que podría llamarse novela oscura



la única forma de justicia en un paisaje podrido por odios ancestrales.

Hace unos meses, en estas páginas, se le preguntó a Banville: "¿El estilo es rey y la trama soldado raso? ¿O viceversa?". A lo que Banville contestó: "El estilo avanza dando triunfales zancadas, la trama camina detrás arrastrando los pies". Cabe pensar que Black afirmaría lo contrario. De ahí que el mejor elogio que se le puede hacer a los dos autores es comunicarnos que ambos están equivocados. En *El secreto de Christine* tanto estilo como trama avanzan triunfales. Y el único que camina detrás arrastrando los pies es el cada vez más asqueado Quirke. Y de más está decir que, al final, Quirke descubre lo que estaba escondido y que el haber hecho "algo" no le convierte en alguien más feliz de lo que era cuando apenas tenía en claro la triste hora de cierre de su pub favorito.

Pero no importa: bien hecho. Muy bien hecho.

Con nombre impropio

ES CASI una tradición británica: cambiarse de nombre para matar por escrito. El asunto arranca ya en la novela gótica (Charlotte, Emily y Anne Brontë masculinizándose por recato en Currer, Ellis y Acton Bell para publicar *Jane Eyre*, *Cumbres borrascosas* y *Agnes Grey*), pero llega hasta nuestros tiempos y nada hace pensar que vaya a extinguirse alguna vez. Así, el re-

putado poeta Cecil Day-Lewis (padre del actor Daniel Day-Lewis) se convirtió en Nicholas Blake para poder llegar a fin de mes, el compositor de música Bruce Montgomery orquestó misterios como Edmund Crispin y, más cerca nuestro y en sus inicios, Julian Barnes publicó bajo el alias de Pat Kavanagh cuatro *thrillers* protagonizados por el detective bisexual Duffy.

Casos más extremos son los de los seudónimos que acabaron siendo nombres propios: John LeCarré (bautizado como David Cornwall) buscó una máscara para que no lo asociaran con su pasado en la Inteligencia inglesa y P. D. James (Phyllis James White en su partida de nacimiento) pensó en durar sólo un libro para reunir el dinero que le permitiese dedicarse a la fic-

ción "seria" pero... Y Ruth Rendell es también Barbara Vine. Y, seguro, el caso más extremo es el de John Creasey que —bajo 28 personalidades, la más famosa es la de J. J. Marrie— escribió más de quinientas obras. Y, claro, siguen las firmas y los alias criminales.

El caso de John Banville —su hermano mayor, Vincent Banville, es un respetado autor de poli-

ciales firmados originalmente como Vincent Lawrence— es acaso el más interesante: un escritor consagrado y admirado por su estilo cambiando de rostro pero no de intereses. Porque, si se lo piensa un poco, buena parte de sus títulos (recordar *El libro de las pruebas*, *El intocable*, *Eclipse*, *Imposturas*, *El mar*) son, de algún modo, todos, enigmas a resolver. R. F.